

La verdad, la literatura nos hace libres

Sánchez Carbó, José

2017

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/4043>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>



La verdad,

Fotografía: freepik

la literatura nos hace **libres**

José Sánchez Carbó¹

¹ José Sánchez Carbó. Doctor en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Salamanca. Ha publicado los libros de cuentos *El maldito amor de mi abuelita* (2000 y 2003), *En realidad no es una historia de amor* (2005), *La reunión de los patéticos* (2010) y *Con las costillas intactas* (2012); así como el libro *La unidad y la diversidad. Teoría e historia de las colecciones de relatos integrados* (2012) y ha coordinado el volumen *Narrativa vital contemporánea* (2015). Ha sido colaborador en diversas revistas y suplementos literarios; y publicado en varias antologías de cuento y crítica literaria en México, Colombia, Brasil y Estados Unidos. Ha sido becario del FONCA-Secretaría de Cultura de Puebla (2002) y del CONACyT para estudios de doctorado en el extranjero (2004-2008). Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores Nivel I. Actualmente coordina la licenciatura en Literatura y Filosofía y la maestría en Letras Iberoamericanas en la Universidad Iberoamericana Puebla.

El deber del escritor

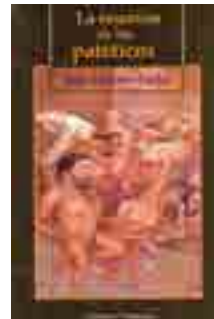
Las palabras han sido las encargadas de crear en el ser humano la conciencia de lo que es la humanidad en toda su complejidad y contradicción, de lo que un ser humano es capaz de hacer por o en contra de otro ser humano.

Fotografía: freepik

+ DEL AUTOR



José Sánchez Carbó.
Narrativa vitral contemporánea.
México: Universidad Iberoamericana Puebla



José Sánchez Carbó. *La reunión de los patéticos.*
México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Resumen

Las palabras han creado en el ser humano la conciencia de lo que es la humanidad y de lo que es capaz de hacer por o en contra de otros seres humanos. Los escritores son quienes mayor y mejor uso hacen de ella. La literatura y las ficciones que crean problematizan la realidad, las relaciones entre nosotros y con el mundo. Por ello, en palabras de Juan José Saer, la ficción resulta una suerte de "antropología especulativa", un discurso de lo posible. A los escritores, según Canetti, habría que pensarlos como custodios y creadores de metamorfosis, entendidas como una versión radical de compenetración y empatía.

Palabras clave: literatura, ficción, poder, escritor.

*El poeta es un fingidor.
Finge tan completamente
que hasta finge que es dolor
el dolor que en verdad siente.*

Fernando Pessoa

Las palabras tienen un poder que puede ser dañino o benéfico para la humanidad y los escritores son los principales responsables de cuidarlas y usarlas, son los primeros interesados en todo tipo de expresión verbal. Las palabras han sido las encargadas de crear en el ser humano la conciencia de lo que es la humanidad en toda su complejidad y contradicción, de lo que un ser humano es capaz de hacer por o en contra de otro ser humano.

En la segunda edición del libro *La conciencia de las palabras* (1976), Elias Canetti agregó una conferencia que había dictado en Múnich con el título de “La profesión de escritor”, en la que reflexiona sobre este poder de las palabras y este deber del escritor. La asunción de este poder parte de creer que, si cierto uso de las palabras ha generado guerras, convendría agregar odios a muerte entre unos y otros, también es legítimo asumir que las palabras pueden evitar conflictos y atropellos contra grupos de personas. Para la consecución de esta última prevención, los escritores, desde la perspectiva de Canetti, están llamados a cumplir una función relevante, aunque no unívoca, ya que tampoco se puede soslayar que históricamente se ha hecho un uso abusivo o distorsionado de textos específicos para exaltar fundamentalismos de orden racial, religioso, de género o nacionalista, entre otros. En esencia, el texto de Canetti pretende responder a una sencilla pregunta: ¿Qué deberían poder ofrecernos los escritores en el mundo actual?

El poder que, en particular, ejercen las palabras sobre los lectores de literatura ha sido plasmado por escritores como Miguel de Cervantes o Gustave Flaubert, entre muchos otros, sin duda, en textos donde los protagonistas que están entregados al mundo de la ficción pagan con resultados funestos su afición. Son conocidos de forma directa o indirecta los efectos que la literatura de caballerías o sentimental romántica produjeron en un Alonso Quijano o una Madame Bovary.

Un caso reciente de estos efectos, y radicalmente diferente al ideado por Cervantes y Flaubert, es el que propone el escritor Lloyd Jones, en una maravillosa novela titulada *El señor Pip* (2006), porque en lugar de enfocarse en plasmar las consecuencias adversas de la literatura en el lector, plantea una trama en la que destaca múltiples formas en las que la literatura, su lectura

y escritura, resultan benéficas para varios personajes situados en medio de un conflicto armado. Jones aborda desde distintos ángulos las posibilidades que otorga la literatura en condiciones poco favorables. Como señala Paloma Fresno, la “novela parte pues del cuestionamiento de la utilidad de la literatura en contextos marcados por el conflicto” (120).

Jones ubica la historia en Bougainville, una isla de Papúa, Nueva Guinea, durante el estallido de una guerra civil que provoca la salida de muchos habitantes, entre ellos la de todos los profesores. Sin profesores las escuelas son cerradas y los niños se ven obligados a permanecer en sus casas interrumpiendo su educación. La novela es narrada por Matilda, una adolescente de 13 años que, en principio, resiente las consecuencias de la guerra porque su cotidianidad se altera al no asistir a la escuela y por la presencia constante de hombres armados en su villa. Posteriormente sufre el sinsentido del conflicto cuando pierde a dos seres queridos.

El señor Watts es el único blanco que no abandona la isla. Al ver la circunstancia en la que se encuentran los infantes y adolescentes decide hacerse cargo de su educación. Pese a que carece de experiencia como profesor, encuentra en la novela *Grandes esperanzas*, de Charles Dickens, el texto y el pretexto idóneo para desarrollar sus clases e intentar reestablecer la vida ordinaria de la comunidad.

Este clásico de la era victoriana le sirve al señor Watts para hablar del mundo exterior, de las palabras que lo definen y de las extrañas costumbres de los personajes de la novela, pero también, en un plano personal, para recuperar parte del pasado y reafirmar la identidad, afianzarse a un mundo conocido. Para la pequeña Matilda, una nativa escasamente familiarizada con las costumbres del mundo occidental, *Grandes esperanzas* no sólo la transporta a un universo desconocido que estimula su imaginación y curiosidad, asimismo le aporta elementos que la llevan a reaccionar ante situaciones adversas y, en última instancia, le ayuda a encontrar un sentido de vida pese a las significativas pérdidas. De esta forma, *Grandes esperanzas* le sirve para reconocer que la palabra es el medio propicio para sobrevivir a la experiencia de la guerra en su villa y retomar el rumbo de su vida. Por estos motivos, en *El señor Pip* las prácticas de lectura, de escritura y de narrativas literarias ocupan un lugar fundamental y definitivo en la vida de la protagonista, pues le ayudan a tomar decisiones y superar las desgracias, le otorgan un sentido de vida profesional y le permiten recuperar su pasado y la memoria histórica.

Ahora bien, fuera del plano ficcional, otra expresión de la potencia de las palabras, en este caso usadas para

El caso de Orekhov, quien protegía a los disidentes que debía vigilar, representa la transformación del sujeto y de la injerencia que tal metamorfosis tuvo en la vida de otras personas. Libros como *Archipiélago Gulag* y *Rebelión en la granja* modificaron una visión de mundo inculcada y nutrida durante décadas por los aparatos ideológicos del Estado soviético, para decirlo en palabras de Althusser.

prevenir el arresto o la tortura de personas inconformes con un sistema de gobierno, la encontramos en la vida de Viktor Orekhov, un ex agente de la KGB soviética, del que nos habla el director Nicolas Jallot en el documental *Le dissident du KGB* (2010). En 1978 Orekhov fue condenado a 8 años de prisión por proteger y apoyar a disidentes en la ex URSS. El caso de Orekhov es paradigmático al relacionarlo con el poder que Canetti les atribuye a las palabras:

[...] fueron ciertas palabras, una serie de palabras recurrentes empleadas en forma consciente y abusiva, las que causaron esa situación de inevitabilidad de la guerra. Si eso pueden provocar las palabras, ¿por qué no pueden impedir otro tanto? No es extraño que quien frecuenta las palabras más que otros, también espere más de sus efectos que otra gente (353).

Con Viktor Orekhov se puede verificar el poder modelador de la literatura en una persona que tuvo en sus manos el destino de muchas otras, en un agente que, por funciones propias del puesto, tenía la facultad para acceder a las palabras de los libros prohibidos por el sistema soviético. Orekhov se desempeñaba con diligencia en el llamado 5º Departamento de la KGB, área estratégica en la estructura soviética responsable de vigilar, espiar y perseguir a los disidentes del régimen y de prohibir e incautar material de lectura. Parte de las funciones de Orekhov consistían en conocer la literatura prohibida por el régimen para detectarla y poder incautarla. Entre esta literatura, cuenta el documental, Orekhov leyó tres libros que fundamentalmente le presentaron otra forma de entender la realidad en la que vivía: *Rebelión en la granja* (1945) y *1984* (1949), de George Orwell, así como *Archipiélago Gulag* (1973), de Alexander Solzhenitsin, libros que transformaron su porvenir y con él, el de muchos

otros disidentes. Estos autores crearon metamorfosis y lograron metamorfosis.

El interés por los libros que habían sido catalogados por el régimen como material peligroso fue creciendo con el tiempo. Con otro tipo de convicciones, Orekhov no tardó en proteger a los disidentes que debía vigilar. De forma anónima les telefoneaba para informarles que estaban siendo vigilados o que iban a revisar su domicilio. Cuando él mismo participaba en las inspecciones de los departamentos clasificaba como irrelevantes decenas de documentos que, para otro agente, debían ser considerados como subversivos o contrarrevolucionarios, esto ante el asombro de los mismos disidentes que no entendían el insólito comportamiento del agente. En 1978 fue descubierto y condenado al contactar personalmente a algunos de ellos.

Poco más de una década después, al hacerse público el caso, varias personas a las que protegió o ayudó de forma anónima Orekhov, pudieron conocer su identidad y los motivos que lo llevaron a actuar de esa forma. El caso de Orekhov representa la transformación del sujeto y de la injerencia que tal metamorfosis tuvo en la vida de otras personas. Libros como *Archipiélago Gulag* y *Rebelión en la granja* modificaron una visión de mundo inculcada y nutrida durante décadas por los aparatos ideológicos del Estado soviético, para decirlo en palabras de Althusser.

El neozelandés Lloyd Jones idea una extraordinaria trama para representar los influjos de la ficción sobre una pequeña comunidad y, en especial, sobre una adolescente en medio de un conflicto armado. En el otro extremo, el documental de Nicolas Jallot nos cuenta la historia de la toma de conciencia de un ex agente de la KGB gracias a ficciones como *Rebelión en la granja*. Ambos casos nos ayudan a entender el poder de las ficciones y comprender que la ficción, como la define estupendamente Juan



Fotografía: freepik



+ DEL AUTOR



José Sánchez Carbó. *La unidad y la diversidad. Teoría e historia de las colecciones.* México: Universidad Iberoamericana Puebla

Las responsabilidades máximas de los escritores son practicar el don de las metamorfosis y custodiar las metamorfosis de la tradición literaria. De esta forma, las novelas y los cuentos, los poemas y los ensayos: la Literatura, dice Canetti, difiere y contradice, enfrenta a “los emisarios de la nada” bajo una premisa:

No arrojarás a la nada a nadie que se complazca en ella...

José Saer, no es sinónimo de lo falso ni el contrario de la verdad:

[...] en las grandes ficciones de nuestro tiempo [...] está presente ese entrecruzamiento crítico entre verdad y falsedad, esa tensión íntima y decisiva, no exenta ni de comicidad ni de gravedad, como el orden central de todas ellas, a veces en tanto que tema explícito y a veces como fundamento implícito de su estructura” (15).

La ficción es paradójica porque le da una mayor credibilidad a la verdad. La ficción como una forma del discurso problematiza la realidad, las relaciones del ser humano con otros seres humanos y con el mundo, de tal forma que, en palabras de Saer, puede ser definida como una “antropología especulativa” (16).

Un escritor se define, además de por su interés en las palabras, por la responsabilidad de tomar conciencia de la realidad para poder decir algo con o sin ficción. A los escritores, Canetti los describe como custodios y creadores de metamorfosis, entendiendo la metamorfosis como la versión radical de la compenetración y la empatía. Los escritores son capaces de “mantener abiertos los canales de comunicación entre los hombres” (358), al custodiar en la tradición literaria metamorfosis pretéritas que siguen vigentes y, al mismo tiempo, crearlas para el porvenir. Los escritores permanentemente deben metamorfosearse en otros, esencialmente practican esta “experiencia forzosa con todo tipo de seres humanos, con todos, pero en particular con los que menos atención reciben” (358).

Las responsabilidades máximas de los escritores son practicar el don de las metamorfosis y custodiar las metamorfosis de la tradición literaria. De esta forma, las novelas y los cuentos, los poemas y los ensayos: la Literatura, dice Canetti, difiere y contra-

dice, enfrenta a “los emisarios de la nada” bajo una premisa:

No arrojarás a la nada a nadie que se complazca en ella. Sólo buscarás la nada para encontrar el camino que te permita eludirla, y mostrarás ese camino a todo el mundo. Perseverarás en la tristeza, no menos que en la desesperación, para aprender cómo sacar de ahí a otras personas, pero no por desprecio a la felicidad, bien sumo que todas las criaturas merecen, aunque se desfiguren y destrocen unas a otras (363).

Una primera lectura de la cita nos podría orillar a suponer que el don de las metamorfosis sólo es propiedad de los escritores, es decir, de quienes frecuentan las palabras y que, por tanto, creen en su potencia. Y que, por otra parte, la custodia de las metamorfosis es responsabilidad de los críticos, de los lectores que proponen formas de interpretar los relatos de los escritores. No obstante, tanto los escritores como quienes analizan sus obras, simultáneamente son creadores y custodios de metamorfosis, porque la escritura y la lectura son procesos indisolubles. Las obras de los escritores analizados nos proporcionan una lectura del mundo; y los colaboradores del libro nos sugieren lecturas que crean metamorfosis.

Referencias bibliográficas

Canetti, E. (1981 [1974]). *La conciencia de las palabras.* (J. J. Solar, trad.). Ciudad de México: FCE.

Fresno Calleja, P. (Septiembre de 2008). “Dickens en las antípodas o la re/visión Postcolonial de un clásico: Mr. Pip de Lloyd Jones”. *Revista Garoza* (8): 113-128.

Jallot, N. (Dirección). (2010). *Le dissident du KGB* [Película]. Francia, Canadá, Suiza.

Jones, L. (2010 [2008]). *El señor Pip.* (I. F. Marrades, trad.). Barcelona: Salamandra.

Saer, J. J. (2014). *El concepto de ficción.* Buenos Aires: Seiz Barral.